



BLUE JASMINE: LA ENSOÑACIÓN DEL LUJO

Mariam Vizcaíno

Doctora en Historia del Arte

Profesora de Referentes Culturales: Arte y Moda – Título CGM

Centro Universitario Villanueva

Fecha de publicación: 14 de abril de 2014

La última película de **Woody Allen** es una despiadada **fábula** sobre gente “bien” para quienes la verdad es lo de menos siempre que se esté a la altura. Jasmine French pertenece a esa sociedad amante de las apariencias que vive en un mundo de ensueño. Un revés inesperado le arrebató todo lo que tiene y le obliga a dejar atrás su piso de lujo en Manhattan para mudarse a un apartamento ratonera en San Francisco donde le acogerá su hermana compadecida del baquetazo vital que está acabando con su cordura.

Cate Blanchett ha recibido todos los reconocimientos que el mundo del cine podía otorgar por interpretar a esa mujer al borde del colapso. Su actuación viene precedida por cinco años en el teatro haciendo el papel de Blanche DuBois la protagonista de “Un tranvía llamado deseo” de la que Jasmine parece ser un trasunto contemporáneo. Los recursos interpretativos que allí incubó bajo la dirección de **Liv Ullmann** -actriz predilecta de ese buceador de almas que fue **Ingmar Bergmann**-, se despliegan en *Blue Jasmine* con abrumadora convicción. Enmarcados en la película en apabullantes primeros planos nos muestran el extravío de alguien acostumbrado a mirar hacia otro lado cada vez que sospecha que las cosas no son como las había imaginado.

Jasmine representa para **Woody Allen** a alguien que no quiere dejar de vivir en un mundo ficticio donde las apariencias importan más que la realidad. No querer saber para evitar que se desvanezca la imagen que uno se ha forjado de sí mismo es un estado al que se llega fácilmente por la cuesta abajo del autoengaño ya que en palabras de **Allen** “mirar hacia otro lado es un defecto humano que todos compartimos”. Y es ahí donde empieza la identificación con el trágico personaje que interpreta **Blanchett** y también la compasión hacia su desgracia que al final nos embarga.

Cuando su mundo hasta entonces perfecto se desmorona Jasmine intenta dominar la angustia del vacío a base de pastillas y de stoli Martini, enfundada en las carísimas prendas que ha podido llevarse a San Francisco en sus maletas de Louis Vuitton y que son el único bastión que le queda de sus tiempos de gloria. En la elección de esos vestigios que aparecen ante el

espectador como fabulosos restos de un naufragio es donde **Suzy Benzinger** la diseñadora de vestuario ha hecho un trabajo intachable.

La ayuda de **Cate Blanchett** ha sido fundamental para conseguir vencer el primer escollo que hacía inviable la tarea: un presupuesto a todas luces insuficiente con el que ni siquiera se podía comprar un bolso de marca. Sus llamadas directas a las casas de moda para que les prestasen lo necesario ha hecho posible poder contar con prendas de otro modo inaccesibles. Por otra parte la elegante cadencia de los movimientos de **Cate**, su voz profunda y bellísima y su porte sofisticado sin estridencias han logrado que el vestuario adquiriese la relevancia necesaria para construir un personaje en el que el estilo es el elemento fundante de su carácter.

Cuando vemos a Jasmine en el avión con su chaqueta Chanel antes de que diga nada ya sabemos qué clase de mujer es. Curiosamente esa fue la única prenda que eligió **Woody Allen** por su aura atemporal y por ser un signo inequívoco de su antigua posición. De color nácar y con ribetes azul oscuro fue diseñada por **Karl Lagerfeld**. Tras una llamada de socorro de **Benzinger** pidiendo dos chaquetas (una más usada y otra impecable que reservaron para los flashbacks) llegaron desde París con una cariñosa nota de su puño y letra que decía: "Por **Cate** lo que sea".

La historia del extravío de Jasmine se nos cuenta en la película con un continuo ir y venir entre el presente y el pasado, lo que nos permite conocer también su elegante desenvoltura durante sus días de éxito en Nueva York. Paseando con faldas lápiz por Park Avenue o con vestidos de cóctel en las fiestas que organiza la vemos llevar sólo prendas firmadas por diseñadores de renombre (algunos como Oscar de la Renta, Valentino, Ralph Lauren o Carolina Herrera fácilmente reconocibles) de los que es evidente, aunque no se haga explícito en los diálogos, que es clienta habitual.

Cuando cambiamos de escenario y la vemos con su hermana pequeña en San Francisco, en su lucha por mantenerse a flote, se dedica a improvisar mezclando prendas de distintos diseñadores. La chaqueta de Chanel, ahora descabalada, la combina, por ejemplo, con vaqueros de J. Brand (los pantalones preferidos de las "celebrities") y carísimas camisas de Piazza Sempione, la marca italiana que tiene a gala trabajar siempre con los mejores tejidos. Todo ello aderezado con sus pequeños tics de estilo, a los que antaño había confiado su estatus, como las gafas que sigue llevando sobre la cabeza, como cualquier señora con clase del Upper East Side.

El mejor ejemplo de que la ropa se ha convertido para Jasmine en su último refugio es sin duda el enorme bolso de Hermés que lleva en el antebrazo como si fuera un escudo. **Benzinger** eligió ese modelo y esa forma de llevarlo colgado después de ver infinidad de fotos de Kim Kardashian, Eva Longoria, Reese Witherspoon y otras "ricas y famosas" que parecían atrincherarse detrás de él cuando querían volverse inaccesibles. Se trata de un magnífico "Birkin" color camel con anclajes dorados llamado así por la mítica cantante que ayudó a diseñarlo harta de llevar bolsos pequeños en los que no cabía nada. Hecho a mano con materiales de primera calidad valía más que todo el presupuesto de vestuario así que la relaciones públicas de Hermés tuvo que prestar el suyo

mientras que duró el rodaje, imaginamos que no con poca preocupación.

El toque francés (uno de los pilares sobre los que Jasmine ha construido la ficción sofisticada de sí misma) se completa con unos zapatos “pilgrim” de **Roger Vivier** con la característica y enorme hebilla marca de la casa. Hechos a medida para la película, de tacón bajo y tono dorado combinan a la perfección con sus conjuntos de contenida paleta cromática y evocan la gélida distinción de **Catherine Deneuve**, la primera actriz que los paseó por la pantalla.

Todo esa sofisticación que Jasmine ha cultivado como una segunda naturaleza se revelará finalmente inútil: ese lujo que ella creyó protector la envolvió falsamente en una nebulosa que la hizo invisible a los que podían haberla querido. En el devastador plano de la escena final la chaqueta Chanel ya nada puede hacer por ella. Sumergida en la locura, su anclaje vital se desvencija y el espectador no puede menos que sentir una pena infinita por esa mujer extraviada.